

SECCION DE ANTROPOLOGIA

TRASCENDENCIA DEL ESTUDIO DE LAS LENGUAS INDIGENAS

Si por acaso atendemos un momento a la charla que en su lengua nativa sostiene junto a nosotros un grupo de indígenas, o nos detenemos a escuchar, divertidos por lo exótico de su fraseología, o los mostramos con desdén, considerándolos como miembros de un conjunto étnico extraño al resto de la Nación, y que refractario a toda civilización o incapaz para identificarse con la misma, está condenado a desaparecer como algo anómalo y anacrónico.

Con todo, ese hecho tan fútil en apariencia y que nos apresuramos a juzgar someramente, recuerda, al observador atento, que cerca de un ochenta por ciento de la población de la República está integrado por individuos pertenecientes a ese mismo grupo racial, y que a pesar de que una gran mayoría acostumbra como habla la española, la lucha perdura todavía entre las lenguas indígenas y la de los conquistadores.

La vitalidad y resistencia de algunos de los idiomas indígenas, sugieren al sociólogo la idea de que éstos conservan probablemente cierto carácter nacional que sin duda mueve a los individuos que las hablan a considerarse más cercanos entre sí y como partes integrales de un mismo grupo, con caracteres manifiestos de una nacionalidad cuyo lazo cohesivo primordial es el idioma que lo caracteriza. Y la significación y trascendencia de este hecho, quedan realzadas al descorrerse en parte el velo que oculta el antagonismo latente y continuado entre dos nacionalidades: la secular de aborígen, pero fuerte y resistente por su misma pasividad, y la legada por los conquistadores, en formación apenas pero, ambiciosa ya

de unificar las diferentes entidades étnicas en un sentimiento único: el amor a la Patria.

Cierto es que el idioma no basta por sí mismo a constituir una nacionalidad; pero es indiscutible que concurre vigorosamente a afirmarlo, y a esta convicción obedecen los esfuerzos tendientes a imponer el español como idioma único en nuestro país. La historia del Viejo Continente nos enseña que cuando dos pueblos han entrado en contacto, siempre llega a prevalecer sobre el otro el dotado con la lengua más maleable para cincelar el pensamiento. Y, por lo mismo, la empresa no parece tan árdua a primera vista. Ya desde el siglo XVI, prometía la lengua de los conquistadores rechazar a un lugar secundario a los idiomas indígenas. Mendieta, refiriéndose a la curiosa práctica seguida por los nativos, y que consistía en adaptar sus jeroglíficos al fonetismo castellano, escribe: "Y para las confesiones no han menester otros caracteres, que ya saben leer y escribir en su lengua y muchos en la nuestra." El censo de 1910 arroja únicamente un trece por ciento (1,929,797), de la población total de la República, como dotado de lenguas indígenas. Pero si examinamos de más cerca los aspectos de nuestra población actual, no tardaremos en comprobar que una porción mucho más importante (ca. 30%) es bilingüe, y se sirve del español y de una lengua indígena: mexicana, zapoteca, mixteca, maya u otomí, principalmente. Estas lenguas, como natural consecuencia de su contacto con el español no podían conservar su pristina pureza, y una ojeada al vocabulario del mexicano, hablando en un lugar cualquiera alejado de los cen-

tros de civilización, bastará a convencer-nos de su abundancia en hispanismos: *huaca* (vaca), *tomí* (tomín), *cayanox* (gañán), *alhuexo* (alverjón), *xayal* (sayal), *xapo* (jabón), *payo* (pañó), *paxa* (faja), etc., etc. Las explosivas sonoras castellanas (b, d, g), extrañas al mexicano, se mudan en las sordas correspondientes. La nasal preparatal ñ, en la fricativa, y; etcétera. En el vocabulario otomí de Neve y Molina, anotamos: *ah tá* (altar), *buxa* (bolsa), *buna* (bula), *cuzna* (cocina), *xabo* (jabón), *nimo* (limón), etc., etc. Los apelativos ofrecen en otomí una transformación curiosa e interesante: *Ando* (Antonio), *Axti* (Agustín), *Yego* (Diego), *Yaco* (Francisco), *Xuxe* (José), etcétera, etcétera. La acción del español sobre esos idiomas se reduce mayormente a introducir algunos vocablos culturales, influyendo apenas en su gramática, si no es quizá en los lugares cercanos a las ciudades. Mas si nos detenemos a examinar el idioma español evolucionando independientemente en un medio indígena, lo veremos desnudo de sus atavíos clásicos y vestido con jirones de lenguas nativas, aparecer, como vencedor, más menesteroso que las vencidas. La pobreza de su léxico, la incongruencia sintáctica de su fraseología, inducen a sospechar que la gramática castellana difícilmente sabría acomodarse a la índole de la población conquistada, y que no es difícil que constituya un obstáculo al desarrollo de la mentalidad indígena. ¿Hasta qué punto son más apropiados el español o su idioma pristino a la evolución de su vida psíquica, y por cuál de ambos debemos laborar para desarrollarlo como instrumento más idóneo para ayudarle a salir del ínfimo nivel cultural en que se encuentra? ¿Sería oportuno devolver su nacionalidad a alguna o a algunas de las grandes familias indígenas, dentro de la unidad política de nuestro país, o debemos combatir las destruyendo los restos de su antigua nacionalidad?

La resolución de estos problemas toca a la antropología, que dispone de un medio eficaz y aproximadamente exacto, para obtenerla: la ciencia del lenguaje.

El estudio de las lenguas indígenas se inició en las primeras décadas de la conquista, obedeciendo a una necesidad práctica e inspirándose en el celo religioso de los misioneros. A pesar de lo numeroso de las mismas, el siglo XVI vió aparecer obras como las de Gilberti, Molina, Córdova, etc., perdidas muchas, e insustituibles todas. No menos fecunda fué la producción en los siglos siguientes; abunda la literatura religiosa: catecismos, manuales de confesión y sermonarios; y casi no hay lengua indígena que no cuente con dos o tres escritores que supieron distinguirse como maestros del bien decir. Pero el objeto inmediatamente práctico que persiguen tales gramáticas y vocabularios, facilitar la comunicación de ideas por el conocimiento del idioma entre pueblos de habla diferente, es enteramente secundaria para la lingüística como ciencia moderna, y su metodología es muy distinta.

Cierto es que la mira primordial de la labor lingüística reside en la interpretación de la palabra o del escrito, en una lengua extraña o que ha venido a ser inteligible. Mas no se detiene ahí, como acaece con el estudio didáctico de un idioma, sino que, apelando a los medios de análisis y de investigación que le son propios, examina el idioma en sus elementos fónicos más simples y determina las leyes que rigen su agrupación (fonología); analiza las palabras, desatando sus componentes (radicales y afijos), y estudia sus recursos de composición y formas de flexión, clasificándolas en categorías (morfología); cataloga los vocablos señalando su acepción y calidades (lexicología), y su origen (etimología), o examina su coordinación en la expresión del concepto (sintaxis). Pero su radio de actividades no se reduce a uno de los aspectos de un idioma (investigación empírica), sino que considera también las diferentes fases de su evolución en el transcurso de una época, hasta en sus monumentos escritos más antiguos (investigación histórica); o, remontándose hasta sus fuentes pristinas (investigación genética), explica sus modificaciones por la

actividad de los órganos de fonación y por las representaciones psíquicas que animan la expresión de la palabra. Así, apoyada la fisiología y psicología, determinan las formas de transmisión, probables o ciertas, de los vocablos de una lengua, y señala el lugar que le corresponde en un grupo o en un conjunto de idiomas afines; descubre al historiador de la civilización las relaciones ignoradas de unas razas con otras o confirma los datos aportados por la arqueología y la historia; y, revelándose como un auxiliar imprescindible de la etnología, guía a la psicología de los pueblos hasta las fases más íntimas de su mentalidad y carácter. Saliendo entonces de un grupo de idiomas relacionados entre sí, para generalizarse, intenta averiguar la acción de las representaciones psíquicas en la expresión del lenguaje y las actividades que lo originan y acompañan, siguiendo, conjuntamente, el desarrollo del espíritu. Tales, a grandes rasgos, la ciencia (psicofísica) del lenguaje.

Parece impertinente insistir todavía en marcar la necesidad y conveniencia de emprender el estudio de las lenguas de los aborígenes de nuestro país, examinando con esos métodos las fuentes orales y escritas de que disponemos al presente, y me limitaré a dar breve noticia sobre los medios aprovechados para el estudio fonológico, fundamental como es para todo estudio lingüístico.

Pimentel primero, y Belmar más tarde, han sido los "pionniers" del estudio comparativo de los idiomas indígenas en nuestro país. Aprovechando el uno la labor didáctica de los misioneros, y estudiando el segundo los idiomas de Oaxaca en su estado actual, allanaron los obstáculos para la investigación especial de las familias lingüísticas delineadas en sus trabajos, y al hablar de una filología mexicana, mixteco-zapoteca, etc., permiten abordar su estudio separadamente para no incurrir en una confusión lastimosa. Rara vez emprende un lingüista el estudio especial de lenguas pertenecientes a grupos lingüísticos diversos.

La justicia de sus apreciaciones no es

posible siempre rectificarla o ratificarla, sin previo conocimiento de la fonología de los idiomas secundarios, porque sin su concurso, la comparación de unas lenguas con otras está sujeta a los errores más crasos, y la etimología no puede presentar sino resultados dudosos y arbitrarios, inadmisibles científicamente.

Basándose en la fisiología de la voz, la fonología procede a examinar y a describir en seguida, la disposición de los órganos de la fonación al producir los sonidos aislados; y, sirviéndose de alfabetos fonéticos especiales, los representa con la mayor exactitud posible. Numerosos son los alfabetos ideados con ese objeto: los de Lepsius, M. Müller, Fr. Müller Böhmer, Ascolli, etc., etc.; pero, actualmente, tienden a prevalecer el de la *Association Phonétique Internationale*, y el estudiado especialmente para las lenguas indígenas de Estados Unidos, por Boas, Sapir, Goddard, y otros. Mas, como por un lado, la adquisición de sonidos nuevos y aun su percepción exacta es para muchos investigadores una dificultad insuperable, y, por otro, su estudio no es posible en un breve lapso de tiempo, y, algunas de las lenguas, y muchos de los dialectos, amenazan desaparecer muy pronto, sería oportuno acudir a los medios que nos ofrece la fonética física o experimental y examinar la pronunciación de las consonantes por medio de palatogramas y la de las vocales por el análisis microscópico de su trazo en discos fonográficos, que aprovechados para registrar cuentos, leyendas, canciones, etcétera, y acompañados de un texto adjunto en transcripción fonética, serán de sumo provecho para la recopilación de la literatura oral, o *folk-lore*, de las diferentes tribus, y permitirán una apreciación exacta de los caracteres idiomáticos y una visión más completa de la psiquis del aborígen.

Procediendo en seguida al estudio comparativo de las lenguas indígenas, entre sí y con las del Antiguo Continente, se acertará a determinar sus afinidades lingüísticas y a deducir las relaciones cul-

turales de unos pueblos con otros, siguiéndolos en sus grandes emigraciones a través de los tiempos.

Pero, si valiosos serán para el historiador y el arqueólogo los resultados obtenidos por ese estudio, no lo serán menos para el estadista, porque, desnuda la psiquis del aborígen de cuanto la hace inac-

cesible para la nueva civilización, y allanada la senda que lleva a un acrecimiento inteligente, se arrancará al indio del caos mental y moral en que se debate, para que, ascendiendo a estadios culturales más elevados, venga a ocupar el lugar que le corresponda en la Historia y en la vida de la Humanidad.